

LA INFILTRADA

Ayer por la mañana me levanté muy tarde en comparación con los demás días; Claro, porque los demás días madrugaba pero, en cambio, ayer me levanté a las 8:00. Toda mi familia se estaba preparando para ir al cole y a trabajar y algunos ya habían salido. Yo me escondí debajo de la manta, que es donde me escondo muchas veces cuando no quiero que nadie me encuentre.

Cuando noté que todos se habían ido, salí de la manta y empecé mi rutina mañanera:

1. Comí todo lo que pude. “Nunca se sabe a dónde te pueden llevar tus aventuras” (frase mía)
2. Me asomé a la ventana a ver si había alguien en el patio para jugar. Nadie interesante.
3. Hice todas las travesuras que pude: correr por todo el pasillo para luego derrapar en el salón (tiré unas cuantas cosas al suelo pero no muchas), saltar de sofá en sofá, jugar al fútbol con las bolas de calcetines (les costará trabajo encontrar algunos)... ese tipo de cosas.

Iba a seguir con mi rutina pero me entró un poco de sueño y me eché en mi postura favorita para dormir.

Mi propio estómago me despertó. Bajé a la cocina, no me quedaban muchas galletas. Las apuré y también una buena cantidad de agua. Tenía más hambre pero no encontraba nada más a mi alcance. Se me ocurrió una posibilidad. De un salto, me subí a la mesa, y de allí al armario. AJÁ, allí estaba: LA CAJA DE CARTÓN CON LOS GUSANOS DE SEDA. La última vez que me comí uno me llevé una buena bronca, pero en esta ocasión era cuestión de vida o muerte. La supervivencia del más fuerte.

Sabía que no tenía sentido intentar abrir la tapa porque la cerraban bien para evitar que yo metiera la mano. Viendo lo alto que era el armario, mi mejor opción era pegarle un buen manotazo. Dicho y hecho, la caja cayó al suelo y, como yo había previsto, la tapa se abrió de par en par y mostró su interior: cuatro hermosos capullos amarillos y dos gusanos regordetes y jugosos, ambos gritando “cómeme”. Me olvidé totalmente de usar la mesa como paso intermedio y me dejé caer desde todo lo alto, haciendo un ruido muy poco elegante que me alegré de que nadie pudiera oír.

Esos dos gusanos relucientes y los cuatro capullos serían suficiente para llenar mi barriga. Pero luego pensé: ¿No será más chulo comerse sólo los dos gusanos, dejar que se abrieran en unos días los capullos y que salieran las mariposas para que yo pudiera perseguirlas y cazarlas? Siendo yo criatura cazadora, ¿Qué mérito tendría comerse esas bolas amarillas sin patas?

El primer gusano sabía a morera. Puaj.

El segundo se me quedó pegado en los dientes. Creo que igual había empezado a tejer su capullo y por eso se me quedó pegado en los dientes. Estaba amargo.

Justo en ese momento, mientras me relamía intentando eliminar las pruebas, sonó la llave girando en la puerta. Que no sea papá.

Era papá. Salí corriendo escaleras arriba y me eché a dormir con cara de buena en el solecito de la ventana. Pero no funcionó. Papá es muy listo. Nada más ver la caja tirada en el suelo de la cocina me echó la culpa, no sé por qué.

Vino arriba, apartó la cortina y me miró a los ojos. Me cogió en brazos y yo maullé como si me acabara de despertar, pero me salió muy falso, creo que no coló.

Me llevó a la caja de gusanos y señaló dentro.
Me dieron ganas de decir: no, gracias, ya no quiero más.
Pero, al parecer, lo que quería era que confesara.

“¿Tienes algo que ver con esto?”

Le lamí la mano e intenté también lamer los capullos para mostrar mis buenos sentimientos, pero papá pensó que me los iba a comer. Él no sabía que yo quería esperar a que salieran las mariposas.

“Eres muy sinvergüenza”, me dijo.
“Haberme puesto galletas”, pensé yo.

Luego le oí coger el teléfono y hablar con mamá. Estaban tramando algo. Afiné el oído. Estaban planeando cómo conseguir más gusanos de seda. Me entró mucha emoción. No estaban enfadados y encima me iban a conseguir un puñadito más. Qué suerte. Hablaban de contactar con una mamá del cole y poner los gusanos en la caja antes de que llegara Guille. Me pareció extraño pero no me importó.

Me pasé el resto de la mañana pensando pero no lo entendí hasta que llegó Guille del cole con una bolsa de hojas de morera para alimentar a los dos gusanos que yo tenía en mi barriga. Qué pena. Me sentí un poco culpable. Intenté explicarle por señas que, como yo me los había comido casi sin masticar, igual si me tragaba la morera le llegaba a ellos el alimento. No me entendió. Me rascó un poquito detrás de las orejas y me volvió a entrar sueño.

Después de eso ya no recuerdo nada más. Qué duro es ser gato.

P.D. Basado en hechos reales.

Firmado: ALOE

